

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA VISUAL

Número 33 - Santiago, 2025 - 1/4 pp.- ISSN 2452-5189



Miradas Coloniales. Fotografía antropológica y colonialismo visual

Miguel Ángel Puig-Samper

Editorial Los Libros de la Catarata, 2024

Adriana López Castillo¹

En *Miradas Coloniales*, Miguel Ángel Puig-Samper presenta una rigurosa investigación, con un marcado enfoque visual y una documentación bien argumentada sobre el rol que jugó la fotografía en la construcción de un imaginario colonial, particularmente en el contexto del dominio estadounidense sobre regiones como las Antillas. Desde un enfoque histórico-antropológico, el autor demuestra cómo la imagen fotográfica, lejos de ser un registro neutral, fue utilizada como herramienta para clasificar y reducir a los sujetos colonizados a estereotipos funcionales a la dominación norteamericana. El libro está organizado por zonas geográficas, lo que permite observar con claridad los patrones visuales y discursivos que se repiten y adaptan en distintos contextos. Esta reseña presta especial atención al capítulo “La población de las Antillas en la lente norteamericana”, que aborda con agudeza el uso de la imagen como justificación del poder sobre Cuba y Puerto Rico después de 1898.

Desde las primeras páginas, Puig-Samper deja claro que las imágenes producidas tras la guerra hispano-estadounidense sirvieron para respaldar la ocupación de las Antillas, apelando a la opinión pública estadounidense. Las fotografías reproducidas en libros como *Our Islands and Their People* o en archivos institucionales como la fototeca histórica de la Oficina del Historiador de La Habana, fueron usadas para presentar a los pueblos antillanos como sociedades empobrecidas, culturalmente *atrasadas* y racialmente marcadas. El autor articula fuentes visuales y documentales para subrayar que estas imágenes no eran inocentes ni espontáneas: respondían a un marco ideológico concreto, donde lo *otro* era sistemáticamente retratado desde la desigualdad.

En mi opinión uno de los principales aciertos teóricos del capítulo radica en su lectura de la imagen como tecnología de clasificación racial.

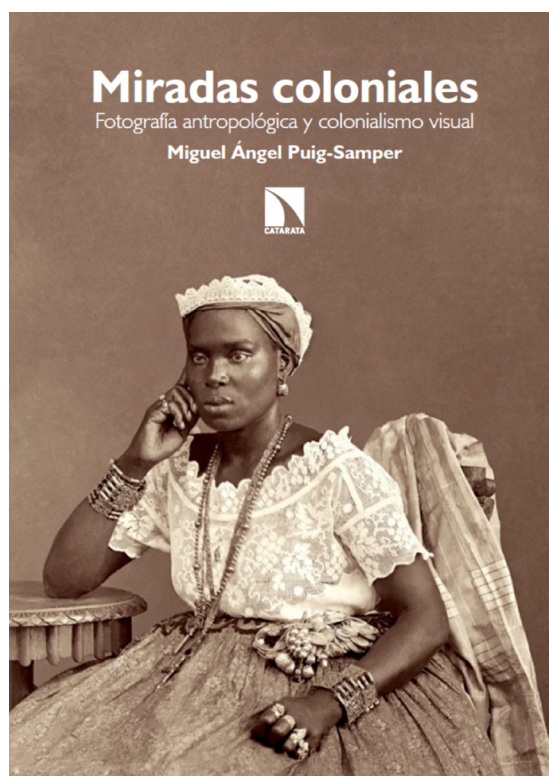


Imagen 1. Portada libro. *Miradas Coloniales. Fotografía antropológica y colonialismo visual*, 2024.

¹Licenciada en Diseño de Comunicación Visual, Instituto Superior de Diseño, Universidad de La Habana. Magíster en estudios de la Imagen Universidad Alberto Hurtado. Email: adriana97lp@gmail.com

Las fotos de niños, mujeres y viviendas en entornos rurales no buscaban mostrar diversidad cultural sino evidenciar un supuesto retraso que requería intervención. El autor subraya que las imágenes de niños puertorriqueños, mujeres negras y viviendas humildes (como el *Bohío en la provincia de Pinar del Río*, fotografiado por Walter B. Townsend), operaban como índices de “atraso” cultural y prueba de la necesidad de una tutela civilizadora. En fotografías como *La carga del Tío Sam* de L. Singley, o *Esclavos en Cuba* de Narciso Mestre, se hace evidente el uso de la imagen como performance ideológica, puesto que los cuerpos representados no hablan por sí solos, sino que son hablados por quien dispara el obturador, quien encuadra en la lente una selección de aquello que quiere comunicar.



Imagen 2. Walter B. Townsend, Bohío en la provincia de Pinar del Río, en el libro *Our Islands and Their People*, 1899, I, 115.

Una práctica visual constante es el aislamiento del sujeto de su contexto. En fotos como *Niños cubanos leyendo* o *Nana con su niño*, la cotidianeidad infantil se vuelve metáfora de una inocencia doméstica que refuerza la narrativa de pueblos dependientes, necesitados de guía moral y educativa. El análisis del autor señala esta operación de forma crítica, conectando la estetización de la pobreza con un discurso civilizatorio que justificaba la ocupación como gesto benevolente.

Dentro de las estrategias más problemáticas y oportunistas del discurso colonial estadounidense, es la exhibición calculada de la pobreza, el atraso material y la supuesta “incapacidad cultural” de las poblaciones antillanas justo en el momento en que Estados Unidos

asume el control sobre esos territorios. Esta operación no es inocente, por el contrario, responde a una lógica propagandística que busca justificar la dominación al presentar a los pueblos intervenidos como naturalmente inferiores, caídos en decadencia y con la necesidad urgente de una intervención.



Imagen 3. Narciso Mestre, Esclavos en Cuba, Archivo de la Société d'Anthropologie de Paris, depositado en el Muséum national d'Histoire naturelle, colección Henri Dumont, 1866 (155_07_0091).

Puig-Samper lo deja entrever cuando cita “los discursos coloniales elaborados en Estados Unidos a finales del siglo XIX y durante los primeros años del XX en la dominación de las Antillas hispánicas y las islas Filipinas [...] fueron una exposición, a la vez que una justificación, de por qué y cómo gobernar con el ánimo de influir en la opinión pública” (p. 51). Pero lo que resulta particularmente revelador es cómo esa justificación se construye no a partir de un análisis histórico real de los procesos coloniales anteriores (como la prolongada lucha independentista en Cuba o los ciclos de explotación económica en Puerto Rico), sino mediante una lectura simplificada y visualmente manipulada de ese presente. Las imágenes muestran a pueblos derrotados, casas humildes, niños descalzos o adultos en poses de pasividad y apatía; pero jamás revelan el contexto de guerra, empobrecimiento estructural ni la devastación dejada por el colonialismo español ni las aspiraciones emancipatorias truncadas por la intervención norteamericana.

Este punto se conecta directamente con la relación imagen-texto, que aparece, pero no es analizada con detalle: muchos de estos dispositivos visuales venían acompañados de pies de



Imagen 4. Mujer Puertorriqueña, Fundación Luis Muñoz Marín, San Juan de Puerto Rico, colección José H. Orraca (PR CJH00413).

foto, narrativas editoriales y paratextos que dirigían la lectura de la imagen. Habría sido muy enriquecedor problematizar aún más esa articulación para entender mejor el carácter performativo del discurso visual estadounidense.

Tampoco se trató de un ejercicio de registro etnográfico o sensibilidad humanitaria: la visibilidad de la miseria no fue un gesto solidario, sino una estrategia de propaganda. Presentar la necesidad permitía legitimar la intervención. En ese sentido, el archivo visual colonial se construye desde una herida mostrada y manipulada, y no desde la memoria de los pueblos.

Un aporte destacable del libro es la conexión que establece entre las imágenes y el aparato científico-institucional que las produjo y difundió. Puig-Samper recupera el papel de museos, revistas ilustradas y archivos antropológicos, mostrando que el poder colonial no sólo se impuso sobre los cuerpos, sino también sobre los sistemas de conocimiento. La imagen de la *Mujer Puertorriqueña*, por ejemplo, condensa siglos de construcciones visuales donde lo femenino racializado es exotizado y convertido en símbolo de diferencia y subordinación.

Lo más valioso de *Miradas Coloniales* es que, sin caer en el discurso de denuncia vacía, invita a

pensar los mecanismos a través de los cuales la visualidad ha operado en la consolidación de jerarquías coloniales. Su lectura del archivo fotográfico antillano permite comprender que la imagen no solo documenta: también organiza, categoriza y legitima. Incluso hoy, muchas de esas lógicas se reactivan en nuestras formas de mirar.

Desde el punto de vista formal, el libro está cuidadosamente editado y cuenta con un aparato crítico que respalda cada afirmación. Es una obra que puede resultar especialmente útil para estudiantes de posgrado, docentes e investigadores interesados en la antropología visual, la historia del arte y los estudios de la imagen.

En conclusión y sumando todos los aspectos analizados, *Miradas Coloniales* no solo es una contribución historiográfica relevante, sino una herramienta teórica potente para analizar la imagen como herramienta simbólica. El capítulo sobre las Antillas es una muestra ejemplar de cómo el poder visual ha operado para constituir subjetividades colonizadas, justificar su dominación y naturalizar un relato que aún hoy necesita ser cuestionado.